

# Antonio Machado y Andalucía

Antonio Chicharro Chamorro (Ed.)



**un**  
**i** Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
**A**

Antonio Machado y Andalucía. Antonio Chicharro Chamorro (Ed.).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2013. ISBN 978-84-7993-244-2. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/6238>



# La emergencia del Ser en la escritura machadiana de los años de Baeza

**Manuel Ángel Vázquez Medel**  
Universidad de Sevilla



A Francisco Ayala, siempre presente en mi corazón, en el recuerdo de días memorables con Machado en Baeza.

A Jorge Urrutia y Ricardo Senabre, maestros con los que tuve la inmensa fortuna de compartir muchas horas de lectura en torno a Machado, con ocasión del cincuentenario de su muerte.

A Antonio Chicharro, porque nos ha ayudado a entender la importancia nuclear de Baeza en la evolución de la obra machadiana.

El título de esta reflexión será finalmente “La emergencia del ser en la escritura machadiana de los años de Baeza”. Y aunque es una sola palabra –“escritura”, en lugar de “poesía”- la que cambia en relación con el comprometido inicialmente, creo que vale la pena un pequeño comentario preliminar.

Desde los inicios de mi formación, mis primeros intereses machadianos y mis primeras aportaciones sobre el poeta, intuí con claridad algo que ahora parece obvio, pero cuatro décadas atrás no lo era tanto: que poesía y pensamiento, poesía y filosofía son absolutamente inseparables en la obra machadiana; que la presencia de cada dimensión en el desarrollo de la otra es innegable, desde época muy temprana, y que hay una pérdida significativa de sentido en el proceso de lectura, si no estamos atentos a las complejas coordenadas en que se gesta su obra.

En los años setenta de mi formación las orientaciones dominantes –por supuesto, con algunas excepciones-, al estudiar esta relación entre poesía y filosofía en Machado ponían excesivo énfasis en el “y”, contemplado desde una perspectiva bastante extrínseca, como si se tratara más bien de una relación adjetiva y no sustantiva. Con algún que otro puente tendido, los filósofos se acercaban a las aportaciones de la obra machadiana a la historia del pensamiento, pasando casi siempre de puntillas por el carácter sustantivo de su poesía, y los filólogos no prestaban la suficiente atención a la presencia de sus preocupaciones metafísicas en el ámbito estricto de la creación poética. O algo peor: se habían tomado demasiado en serio los conocidos versos de don Antonio: “Poeta ayer, hoy triste y pobre/ filósofo trasnochado,/ tengo en

monedas de cobre/ el oro de ayer cambiado”. Ciertamente que, con muchos matices y gradaciones, esta visión sigue siendo hoy la dominante: la poesía de Machado se lastraría por un exceso de preocupaciones filosóficas, y su poesía última es el epílogo menor de los mejores versos del poeta, escritos en las que suelen ser consideradas sus dos primeras estaciones poéticas.

Se trata de una orientación que no comparto, y que intenté exponer en mi artículo “Antonio Machado: poesía última y ultimidad de la poesía”, que tuvo su origen en una intervención aquí en Baeza, junto a Francisco Ayala.

En una aportación reciente, José Luis Abellán ha expresado con precisión cuanto vengo exponiendo: “Desde hace ya bastantes años los críticos y los historiadores que se ocupan de Antonio Machado, suelen distinguir entre el poeta y el filósofo, dando más importancia a una u otra actividad según sus preferencias e inclinaciones. Hoy, a la altura que nos encontramos de la investigación, esta distinción resulta inaceptable y, en cierto modo, tergiversadora. Es una distinción que suele presentarse paralela a otra entre una etapa modernista, de carácter simbolista, correspondiente al libro *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1903-1907), y otra que se suele llamar “noventayochista”, más social y comprometida, identificada sobre todo con *Campos de Castilla* (1912-1917). De ninguna manera pueden hoy admitirse estas distinciones, sino en todo caso una mayor densidad y conciencia de una a otra” (2006:514).

No sería justo no mencionar aquí lecturas machadianas ya en los años cincuenta que entienden como indisoluble la relación poesía/pensamiento. Ahí están, por ejemplo, estas luminosas palabras de Octavio Paz en la revista *Sur*, en 1952: “Prosa y poesía, vida y obra, se funden con naturalidad en la figura de Antonio Machado. Su canto también es pensamiento; su pensamiento, reflexión del canto sobre sí mismo. Por la poesía, Machado sale de sí, aprehende el tiempo o se deja apresar por éste. Por el pensamiento, se recobra, se aprehende a sí mismo. Poesía y reflexión son operaciones vitales. Pero su vida no sustenta a su obra. Más bien es a la inversa (...) Del mismo modo que sus poemas solo pueden ser comprendidos cabalmente a la luz de sus últimas meditaciones, su vida solo es inteligible a partir de su obra” (en Gullón (ed.) 1973: 61).

Por ello me ha resultado imposible centrarme solo en la producción poética de los años de Baeza –en la que como es sabido están algunos de sus poemas culminantes–, sin tomar en consideración las otras alternativas de escritura que el autor de *Los Complementarios* intensificó, precisamente, en estos años.

Pero hay algo más: cuando sustituyo la palabra “poesía” por “escritura” no estoy apelando solo a la ampliación del foco de la cuestión genérica. Deseo indicar que asumo –sin entrar ahora en el debate de otros aspectos más propios de la crítica literaria feminista– la noción de *escritura* impulsada por Hélène Cixous en los aspectos que conciernen a una dimensión tan machadiana como la alteridad, y en la superación de los dualismos mente-cuerpo, habla-escritura, el ser y la nada, entre otros. Esto es: considero aquí la operación de escribir como un *inscribirse* desde la propia corporeidad e historicidad en un orden discursivo que nos trasciende<sup>1</sup>.

Tampoco quiero dejar para más adelante una primera referencia a la expresión “emergencia del ser” que a alguno podrá parecer cuando menos, pintoresca, pero que dista mucho de ser una ocurrencia de quien esto escribe.

En primer lugar, “La emergencia o surgimiento hace referencia a aquellas propiedades o procesos de un sistema no reducibles a las propiedades o procesos de sus partes constituyentes. El concepto de emergencia se relaciona estrechamente con los conceptos de autoorganización y superveniencia y se define en oposición a los conceptos de reduccionismo y dualismo”. “Si bien el emergentismo como postura filosófica presenta innumerables antecedentes históricos, no será hasta finales del s. XIX y comienzos del s. XX que el concepto de emergencia se desarrolle explícitamente como tal, dando lugar a un prolongado y sofisticado debate filosófico. El origen de este debate se lo debemos a la polémica entre los vitalistas y los mecanicistas (Emmeche, Koppe y Stjernfelt, 1997) en la definición y caracterización de los fenómenos vivos (en el contexto del desarrollo de las ciencias químicas y la mecánica clásica). Los emergentistas se oponen tanto a los vitalistas como a los mecanicistas: frente al vitalismo, niegan la existencia de sustancias, fuerzas o entidades

---

<sup>1</sup> Es oportuno mencionar aquí la pertinencia de la noción de *dialogismo* de Mijail Bajtin, tan oportuna en el caso de Machado, que reconoce que el tiempo a que pertenece habla a través de su poesía, palabra en el tiempo, y elabora una compleja visión de la otredad del ser.

de carácter sobrenatural como el *élan vital*; frente al mecanicismo, se oponen a la reducción de las propiedades de lo viviente a meros procesos químicos y mecánicos. “El todo”, argumentan, “es más que la suma de las partes”<sup>2</sup>.

Vemos, sin grandes dificultades, que estamos en pleno territorio de cuestiones machadianas. Don Antonio, que realizaba lecturas muy diversas y dispersas, pero que quería entender su ser en el tiempo, estaba en su retiro de Baeza tanteando en la tiniebla, anticipándose en muchos casos, a algunas de las grandes cuestiones que iba a plantear el emergentismo británico a partir de los años 20, y especialmente en la obra de Samuel Alexander (*Space, Time and Deity*, 1922), C. Lloyd Morgan (*Emergent Evolution*, 1923) y Charlie Dunbar Broad (*The Mind and its Place in Nature*, 1925). Aunque es evidente que Machado oscilará más hacia el polo vitalista e idealista que hacia el intento de respuesta del emergentismo, sus grandes preocupaciones se iluminan si las situamos en el contexto de estos debates.

Pero hay otra dimensión más próxima aún a la idea de “emergencia del ser”, y conecta directamente con María Zambrano –con la que, por supuesto, nada tienen que ver los atisbos machadianos de estos años, aunque sin duda terminarían influyendo en nuestra pensadora: recordemos que Zambrano comenzó sus estudios de Filosofía en 1921.

María Zambrano trabajó siempre en esos complejos territorios –*Claros del bosque* los llamaría luego– en los que poesía y filosofía se funden y confunden, se requieren, se implican y fecundan, porque la poesía es la única y posible reveladora del ser. En la obra aludida, el núcleo mismo no es otro que la emergencia del ser del ente ante la existencia. Quede dicho, y con esta impedimenta –que no es menguada carga: una carga ontológica– comencemos nuestro recorrido.

## BAEZA EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE ANTONIO MACHADO

Las fechas que delimitan la estancia de Antonio Machado en Baeza, 1912 y 1919 son años cruciales en la vida y en la obra del poeta. 1912, como es bien sabido, está marcado por dos hechos fundamentales: la muerte de Leonor y la publicación de *Campos de Castilla*. 1919 permitirá el retorno a las tierras de Castilla, tras conseguir el traslado

<sup>2</sup> [http://es.wikipedia.org/wiki/Emergencia\\_%28filosof%C3%ADa%29](http://es.wikipedia.org/wiki/Emergencia_%28filosof%C3%ADa%29)

al Instituto de Segovia; también este año le ocupará en la preparación de los cursos de doctorado en que se matriculó –hemos de destacar el de Metafísica con Ortega, tras haber obtenido en diciembre del año anterior el título de Licenciado en Filosofía y Letras, a los 43 años.

Entre una y otra fecha, el balance de la escritura machadiana de estos siete años habla por sí mismo: la continuación de *Campos de Castilla* (1907-1917), con los hermosos poemas a la muerte de Leonor; el comienzo de la escritura de *Nuevas Canciones* (1917-1930) y de *Los complementarios* (1912-1926); un importante epistolario, así como otras reflexiones y notas de lectura que fueron viendo la luz en diarios y revistas... Especial importancia tiene la publicación en 1917 de *Poesías escogidas* y de la primera edición de las *Poesías completas*, hecho muy significativo, porque ahora sí ve Machado un carácter orgánico y cumplido en su creación poética, que precisamente a su llegada a Baeza consideró truncada. Oreste Macrí (1989, *Poesía completa*, I: 60-61) afirma: “Con las *Poesías completas* de 1917 se definen las dos primeras Partes, es decir, el *corpus* fundamental de la poesía machadiana (quedan de 1917 a 1930 las *Nuevas canciones* y el *Apócrifo*) (...) Entre 1912 y 1917 salieron en revistas varios poemas que alimentaron las secciones de *Campos de Castilla*, *Proverbios y cantares* y *Parábolas* (incluidas en *CC*) y *Elogios*, de *PC*, pero alguno fue acogido ya en *PE*”.

No hemos de insistir en la importancia que, también en los años de Baeza, tiene el estallido de la Gran Guerra, de la Guerra europea, sobre la que Machado escribirá páginas y versos muy importantes, desvelando una vez más su impronta institucionista y krausista, al rechazar la barbarie de la destrucción y abogar por la vía de la educación y la cultura como solución a los grandes problemas de España y del mundo. En tal sentido, a partir de 1914 albergará también nuevas esperanzas y se unirá a la Liga de Educación Política Española promovida por José Ortega y Gasset.

Son tan importantes estos años de Baeza, tantas y tales las cuestiones que se plantean en una verdadera encrucijada poética y vital para Machado, que corremos el riesgo de incurrir en atomismo y consideraciones muy parciales, que solo adquieren pleno sentido cuando adoptamos una perspectiva más abarcadora.

La primera clave nos la da el propio poeta en una de sus primeras cartas desde Baeza que conservamos: la remitida a Juan Ramón



Jiménez en abril de 1913. En ella –y es una buena muestra de la amistad que tiene con el mogueño- se permite confiarle: “Yo trabajo lo que puedo, repuesto por voluntad desesperada de una honda crisis que me llevaba al aniquilamiento [...] Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro [*Campos de Castilla*] me salvó, y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios! Sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil no tenía derecho a aniquilarla. Hoy quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad” (PD, 328).

La pérdida de Leonor fue, en efecto, un golpe brutal como tal vez no había experimentado en toda su vida. Conociendo el pensamiento poético de Antonio Machado, entenderemos que no solo se trata de razones emocionales, aunque estas sean las fundamentales. De alguna manera, Machado había conseguido alcanzar por primera vez, en la proyección de su conciencia en alteridad hacia su amada, una plenitud de ser en su existencia que le había apaciguado ante el problema de la nada (que más que la cuestión del ser funda la ontología negativa y existencial machadiana). Ahora experimenta vivencialmente más que nunca esa nada y ese vacío que le deja la muerte de Leonor. La felicidad había sido un breve paréntesis en la vida de quien procuró estar en paz con los hombres, pero que siempre estuvo en guerra con sus entrañas.

Así lo expresa en carta a Unamuno de junio de 1913: “La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto, me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad” (PD, 343).

Fanny Rubio (2008: 23) ha subrayado que la fuerza del sentimiento de pérdida de Machado le impide, de algún modo, ver la ciudad que se le ofrece ensombrecida por su propia soledad, por su propia tristeza:

“En sus primeras experiencias y paseos de Baeza, Antonio Machado no ve la ciudad, no se encuentra con fuerzas, teniendo en cuenta el duelo que arrastra, de suplantar el paisaje de su gran amor soriano por las calles soleadas y el ambiente soporífero o lluvioso, según las estaciones, de la ciudad que lo recibe junto con su tristeza”.

Una vez más vemos cómo se enriquece la lectura conjunta de las manifestaciones de la rica e intensa prosa epistolar de Machado con sus versos:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.  
(PC I, CXIX, p.546)

Machado experimenta la muerte de Leonor como la pérdida traumática (“me arrancaste”) no ya de una parte de sí, sino aquella en que se proyecta y consume con más plenitud el amor. Por ello se vuelve a Dios, clama desde su corazón y suplica ser oído. En un verso que nos trae las resonancias del “Fiat” de María en la anunciación, pero también las palabras de entrega de Jesús en la cruz, Machado proclama el cumplimiento de la voluntad de Dios, una voluntad misteriosa e incomprensible, opuesta a la humana y comprensible de un hombre que desea que la persona que ama siga viviendo. El último verso sella ese sentimiento de radical soledad de su corazón (de nuevo su corazón, en dos ocasiones en tan solo cuatro versos), acentuada por la inmensidad del mar, mar solo, como también nos dirá Juan Ramón en el *Diario*.

Giovanni Caravaggi (1994: 85) ofreció hace algunos años algunas claves de “La evolución poética de Antonio Machado en los años de Baeza”, que parten, necesariamente de la experiencia del luctuoso acontecimiento que acaba de vivir: “Antonio Machado se encuentra en uno de sus más dolorosos trances, y si consideramos la íntima sustancia autobiográfica de su experiencia creativa, no puede extrañar un cambio de rumbo poético en ese momento tan crítico”. Y añade: “Pero, en realidad, al examinar detenidamente los textos poéticos que corresponden a dicho período, no se evidencia una orientación unívoca, ni tampoco un resultado homogéneo de las tentativas poéticas emprendidas; más bien parece que Antonio Machado proceda por tanteos, por ensayos divergentes, eliminando

en primer lugar los escombros de las ruinas más recientes, y cortando gradualmente muchos enlaces con las meditaciones del pasado”. Se trata, en efecto, de la elaboración del duelo que replantea radicalmente su existencia; de la necesidad de aceptar lo más doloroso para seguir viviendo, y buscar nuevos motivos para alimentar la vida, que van a encontrarse en esa compleja relación de poesía y pensamiento que le ocupa durante estos años. La conexión de su experiencia vital de soledad y destierro con la fuerza con que ahora se presentan las grandes cuestiones filosóficas es innegable. Gallego Morell, en su muy interesante artículo, “Baeza, el rincón de Machado”, pone en paralelo el exilio de Garcilaso en la isla del Danubio y el de Machado en Baeza, subraya la importancia de los viajes con Berrueta y marca la importancia de Baeza en el impulso del Machado pensador: “A fuerza de meditar en Baeza nace el filósofo, nacen Abel Martín y Mairena. Pese a todos sus anteriores abolemos. A Baeza llega Machado casi directamente desde Bergson” (en Paredes 1992: 274).

## POESÍA Y FILOSOFÍA

La clave fundamental de la etapa de Baeza la constituye la lectura constante de filosofía, experimentada a la vez como necesidad y como consuelo. Ya en carta fechada en Baeza el 2 de mayo de 1913 informa a Ortega: “Como la poesía no puede ser profesión sin degenerar en juglaría, yo empleo las infinitas horas del día en este poblachón en labores varias. He vuelto a mis lecturas filosóficas –únicas en verdad que me apasionan-. Leo a Platón, a Leibnitz, a Kant, a los grandes poetas del pensamiento (...) me interesan esos nuevos filósofos que trabajan en los cimientos de una nueva metafísica. Escuché en París al maestro Bergson, sutil judío que muerde el bronce kantiano y he leído su obra. Me agrada su tendencia.” (PD 332).

Antonio Machado es perfectamente consciente de que la metafísica trascendental elaborada a lo largo de siglos por la filosofía occidental no da respuesta a las grandes preguntas del siglo XX, herido desde sus años iniciales por la convulsión y la muerte, por el desgarramiento existencial más que por las preocupaciones por la esencia. Tardará tiempo en encontrar su propia y compleja respuesta, que he creído cifrada en estas palabras, en las que reconoce una nueva filosofía que “a la pregunta esencial de la metafísica: ¿qué es el ser?, responde: investigadlo en la existencia humana; que ella sea vuestro punto de partida (*Das Dasein ist das Sein des Menschen*). Y para penetrar en el ser, no hay otro portillo que la existencia del hombre, del ser en el

mundo y en el tiempo... Tal es la nota profundamente lírica, que llevará a los poetas a la filosofía de Heidegger, como las mariposas a la luz” (PC, II, 2366). Más de dos décadas separan la estancia de Baeza de estas notas en las que también encontramos iluminadoras frases sobre la muerte, que sin duda le hubieran causado consuelo en estos años de tanteos y oscuridades: “No es, pues, según Heidegger, la muerte un accidente ocurrido en nuestra existencia mundana, es la existencia misma en trance de alcanzar su propio acabamiento. Por una vez intenta un filósofo –y habría de ser un alemán quien lo intentase- darnos un cierto consuelo del morir con la muerte misma, como si dijéramos, con su esencia lógica, al margen de toda promesa de reposo o de vida mejor. Porque es la interpretación existencial de la muerte –la muerte como un límite, nada en sí mismo-, de donde hemos de sacar ánimo para afrontarla: la decisión resignada (*Entscholossenheit* [sic]) de morir, y la no menos paradójica *libertad para la muerte* (*Freiheit zum Tode*)” (PC, II, 2364).

En una reciente aportación, Richard A. Cardwell subrayaba la necesidad de examinar “la huella de toda una serie de ideas e ideologías que recibió de su familia –especialmente de su padre y de su abuelo- y del *Zeitgeist* finisecular en que vivió y escribió (...) Es decir, es necesario considerar a Antonio Machado dentro del contexto del idealismo finisecular, dentro del complejo de ideas, planteamientos, obsesiones y preocupaciones que componen unas perspectivas o actitudes espirituales o éticas respecto al papel del artista y el papel del arte en la sociedad en un momento de enorme crisis nacional” (2006: 67). Tras analizar con perspicacia las conexiones del pensamiento machadiano con el mesianismo institucionista y krausista, con Unamuno, Azorín y Ortega, concluye: “Resulta claro, pues, que Antonio Machado se veía totalmente inmerso en el idealismo finisecular, en el ambiente cultural e ideológico en que vivía, pensaba y trabajaba” (2006: 84). Ahora bien: sin negar esta realidad incuestionable ni alguna forma de pervivencia en la escritura posterior, ¿no es necesario matizar la evolución, los momentos sucesivos, las crisis e incluso respuestas alternativas que se forjan en las décadas posteriores? ¿no podremos encontrar –por razones que de inmediato exponemos- en la experiencia de la muerte de Leonor y en los años de Baeza muchas de las claves para entender la evolución espiritual y poética de Antonio Machado hasta llegar a la formulación de una nueva ontología en *De un cancionero apócrifo*?

Creemos que, en tal sentido, el poema CXXVIII (“Poema de un día”) *Meditaciones rurales* cifra casi todas las preocupaciones machadianas,

de manera incluso lúdica, a la altura de 1913. Comienza Machado con la instauración de las tres deixis (espacial, temporal, personal), con especial atención al momento presente y sin referencias al futuro:

Heme aquí ya, profesor  
de lenguas vivas (ayer  
maestro de gay-saber,  
aprendiz de ruiseñor)  
en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.  
Invierno. Cerca del fuego.

El poeta se centra en la lluvia exterior y sus beneficios para los labradores, para los sembradores del trigo o quienes viven de recoger la aceituna. La exclamación "¡Llueve, Señor, llueve, llueve!" Nos lleva de nuevo al interior y a la actividad del poeta, que sueña y medita:

En mi estancia, iluminada  
por esta luz invernal,  
—la tarde gris tamizada  
por la lluvia y el cristal—,  
sueño y medito.

Clarea  
el reloj arrinconado,  
y su tic-tic, olvidado  
por repetido, golpea.  
Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.  
Tic-tic, tic-tic... Siempre igual,  
monótono y aburrido.  
Tic-tic, tic-tic, el latido  
de un corazón de metal.  
En estos pueblos, ¿se escucha  
el latir del tiempo? No.  
En estos pueblos se lucha  
sin tregua con el reló,  
con esa monotonía,  
que mide un tiempo vacío.  
Pero ¿tu hora es la mía?  
¿Tu tiempo, reloj, el mío?  
(Tic-tic, tic-tic)... Era un día  
(tic-tic, tic-tic) que pasó,

y lo que yo más quería  
la muerte se lo llevó.

El tema nuclear del tiempo aparece con fuerza: al latido mecánico del reloj opone la ignorancia al latir del tiempo de estos pueblos, a esa especie de intemporalidad inmovilista en que parece anclado, pero también nos marca su propio tiempo personal, marcado por un hecho singular: “y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó”. Pero ya aceptado, formulado en un pasado desde el instante presente que parece abrirse a la aceptación del dolor y la muerte.

Volvemos de nuevo al motivo de la lluvia, agua buena que deja vida en su huida. Y, al anochecer, a la luz tenue de la bombilla, el poeta busca sus gafas y, a partir del hallazgo de un nuevo libro de Unamuno, pondera la filosofía del rector de Salamanca, que considera como suya propia.

Luego, Bergson:

Enrique Bergson: *Los datos  
inmediatos  
de la conciencia. ¿Esto es  
otro embeleco francés?  
Este Bergson es un tuno;  
¿verdad, maestro Unamuno?  
Bergson no da como aquel  
Immanuel  
el volatín inmortal;  
este endiablado judío  
ha hallado el libre albedrío  
dentro de su mechinal.  
No está mal:  
cada sabio, su problema,  
y cada loco, su tema.  
Algo importa  
que en la vida mala y corta  
que llevamos  
libres o siervos seamos;  
mas, si vamos  
a la mar,  
lo mismo nos han de dar.*



también cuando Dios quería.  
—Hasta mañana, señores.

Tic-tic, tic-tic... Ya pasó  
un día como otro día,  
dice la monotonía  
del reló.

Es difícil encontrar una composición que refleje –no solo desde su contenido, sino también desde el plano de la expresión, el núcleo del pensamiento heraclítico, ese *pánta réi*, aquí quintaesenciado en el verso “Todo llega y todo pasa”.

El poeta vuelve a su habitación y se encuentra con el libro de Henri Bergson *Los datos de la conciencia*:

Sobre mi mesa *Los datos  
de la conciencia*, inmediatos.  
No está mal  
este yo fundamental,  
contingente y libre, a ratos,  
creativo, original;  
este yo que vive y siente  
dentro la carne mortal  
¡ay! por saltar impaciente  
las bardas de su corral.

En su experiencia del ser, vivida con doble intensidad desde una experiencia personal desgarradora, pero también desde las lecturas que iluminan y orientan ese momento, Machado comienza a formular esa ontología de la otredad, de la alteridad, en la que irá pasando de ese “yo fundamental”, que quiere saltar impaciente hacia lo otro y los otros, hacia ese “tú esencial” que marca su producción poética, especialmente a través de estos años, en los que vive con más radicalidad que nunca la proyección hacia el “tú” perdido.

En carta a Unamuno de 31/12/1914, da cuenta de las numerosas lecturas de la obra *Del sentimiento trágico en los hombres y en los pueblos*, de la que dirá “es una obra fundamental, tan española, tan nuestra que, a partir de ella, se puede hablar de una filosofía española, de esa filosofía tan arbitrariamente afirmada como negada antes de su libro. Negada arbitrariamente, digo, porque ¿no es *La vida es sueño*



obra tan filosófica como las Críticas de Kant? Y Teresa de Jesús, como V. dice, ha visto en su alma tan hondo como quien más. Filosofía, en efecto, difusa en nuestra literatura, pero viva en el alma española y que V., un vasco del siglo XX, realiza sacándola, a su vez, del fondo de su alma” (PD, 368).

Machado afirma, en estos años de Baeza, de lecturas filosóficas en la distancia, el carácter esencialmente filosófico de la literatura española, en nuestros días aceptado internacionalmente e incorporado a este nuevo horizonte de pensamientos asistemáticos, de reflexiones sobre el ser desde el mundo de la vida.

Nada nos puede extrañar que sea Baeza, desde la atmósfera vital del poeta, el ámbito en el que comienzan a gestarse esos otros yoes complementarios al poeta, casi al tiempo en que Pessoa hacía estallar un universo de pluralidades poéticas desde la heteronimia. Juan Paredes (1992:9) lo ha expresado con claridad: “aquí, en el silencio de la soledad-monotonía, tiempo de meditación y filosofía, desterrado de sí mismo, el poeta se desborda en sus complementarios, encuentro de una polifonía de voces que acompañarán su continuo soliloquio”. Soliloquio y polifonía: dos experiencias también complementarias para el poeta que afirmaba que nunca estaba tan cerca de creer algo como cuando estaba convencido de lo contrario.

Rafael Gutiérrez Girardot en su artículo “Lírica y filosofía en Antonio Machado” afirma: “La relación entre lírica y filosofía no surge en Antonio Machado de la circunstancia biográfica de que a partir de 1910, tras haber escuchado en París un curso de Bergson, el poeta intensifica su ocupación con la filosofía. Sin negar que este curso significó el primer contacto con la filosofía y una suscitación, lo cierto es que esa relación surge más bien de la evolución de su lírica o, si se quiere, de su reflexión sobre el camino que había seguido” (en Aubert, 1994: 117). Esta reflexión se hace evidente en el prólogo de la edición de *Campos de Castilla* de 1917, en la que opone un mirar hacia fuera en que se disuelve el mundo exterior, y un mirar hacia adentro, en el que desvanece el mundo interior. “Con esta reflexión sobre las dos etapas de su camino –indica Gutiérrez Girardot–, Machado tuvo que abandonar el mundo de la lírica. Pues el problema que se planteó no era solucionable con medios poetológicos. No era el problema de la lírica, esencialmente subjetiva (*Soledades*) y épica, primordialmente objetiva (“La tierra del Alvar González”), sino el problema fundamental de la teoría del conocimiento, esto es, el de la relación entre el sujeto

y el objeto del conocimiento (...) Machado, pues, llegó por el camino de la lírica a enfrentarse con un problema decisivo de la filosofía. Pero Machado no se sintió capaz de solucionar este problema”.

En estos años de Baeza encontramos a Machado en el momento mismo de la encrucijada. Se ha cerrado un tiempo poético y, tras *Soledades* y *Campos de Castilla*, se abre un nuevo momento, que -sin duda- hunde sus raíces en la escritura poética anterior, pero que encontrará en la constante pregunta por la emergencia del ser y su sentido en la existencia uno de sus grandes impulsos.

## Referencias bibliográficas

- ABELLÁN, José Luis (1995): *El filósofo Antonio Machado*. Valencia, Pre-Textos.
- (2006): “La “teoría de lo apócrifo” en Antonio Machado”, en Doménech, Jordi (ed.) (2006), pp. 514-525.
- ALBORNOZ, Aurora (1968): *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Madrid, Gredos.
- AUBERT, Paul (ed.)(1994): *Antonio Machado hoy (1939-1989)*. Madrid, Casa de Velázquez.
- ÁVILA, Pablo Luis (ed.) (1993): *Antonio Machado hacia Europa*. Madrid, Visor.
- CARAVAGGI, Giovanni (1994): “La evolución poética de Antonio Machado en los años de Baeza”, en Aubert, Paul (ed.)(1994), pp. 85-94.
- CARDWELL, Richard A. (2006): “Antonio Machado y el idealismo finisecular”, en Doménech, Jordi (ed.)(2006), pp. 65-86.
- CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (1992): *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*. Granada, Universidad de Granada.
- DOMÉNECH, Jordi (ed.)(2006): *Hoy es siempre todavía. Curso Internacional sobre Antonio Machado*. Sevilla, Renacimiento.
- GIBSON, Ian (2007): *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*. Madrid, Punto de Lectura.
- GONZÁLEZ RUIZ, José María (1975): *La teología de Antonio Machado*. Barcelona, Fontanella.
- GULLÓN, Ricardo – Phillips, Allen W. (eds.)(1973): *Antonio Machado*. Barcelona, Taurus.
- MACHADO, Antonio (1989a): *Poesías completas*. Ed. de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini. Madrid, Espasa Calpe.
- (1989b): *Prosas completas*. Ed. de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini. Madrid, Espasa Calpe.
- (2001): *Prosas dispersas (1893-1936)*. Ed. De Jordi Doménech. Intr. De Rafael Alarcón Sierra. Madrid, Páginas de Espuma.
- PAREDES NÚÑEZ, Juan (ed.)(1992): *Antonio Machado. Baeza 1912/1989*. Granada, Universidad de Granada.
- RIBBANS, Geoffrey (2006): “Antonio Machado: de los ‘paisajes del alma’ al ‘alma del paisaje’ “, en Doménech, Jordi (ed.)(2006), pp. 139-172.
- RICHMOND Ellis, Robert (2006): “Abel Martín y la teología negativa”, en Doménech, Jordi (ed.)(2006), pp. 498-513.
- RUBIO, Fanny (2008): *Baeza de Machado*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

- VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1990): “Contextualización histórica del pensamiento poético de Antonio Machado”, en *Antonio Machado hoy. Actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Vol. 1, 1990, Sevilla, Alfar, pp. 201-210
- (1993): “Antonio Machado y Heidegger”, en Pablo Luis Avila (ed. lit.): *Antonio Machado hacia Europa*, Madrid, Visor, pp. 224-232.
- (1998): “Antonio Machado: poesía última y ultimidad de la poesía”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, N° 20-21, 2, 1997-1998, pp. 1075-1091.
- ZUBIRÍA, Ramón de (1981): *La poesía de Antonio Machado*. Madrid, Gredos.